

ANDRÉS PIQUERAS INFANTE

CAPITALISMO MUTANTE

CRISIS Y LUCHA SOCIAL EN UN SISTEMA
EN DEGENERACIÓN

Icaria ✚ Antrazyt
ECONOMÍA

ÍNDICE

Presentación 7

Introducción 9

La relación de clase en el capitalismo. Un sistema que produce permanentemente su propia crisis 9

I. Un capitalismo en mutación 21

Crisis de Larga Duración y Grandes Mutaciones capitalistas 21

El neoliberalismo financiero o capitalismo monopolista global financiarizado. ¿Nuevo modelo de crecimiento? 25

Financiarización económica y circuitos secundario y terciario de acumulación 32

Contradicciones y desafíos sistémicos. ¿Espiral degenerativa? 52

II. El movimiento de la humanidad como trabajo: el principal moldeador del sistema capitalista.

La actualidad de sus enormes retos 59

Breve repaso del movimiento de la humanidad como Trabajo en el capitalismo histórico 59

El movimiento del Trabajo ante la primera Gran Mutación del capitalismo 65

¿Una nueva vía emancipatoria del Trabajo? 76

La dilución de los Grandes Sujetos en el capitalismo neoliberal-financiero 82

Nuevas formas de expresión de los antagonismos. La difícil y compleja reconstitución de los sujetos 86

Excursio. ¿Alienación o emancipación? ¿*Multitudes*
o políticas de clase en acción? Amenazas
y posibilidades 93

Apéndices 109

1. Un cruce de reflexiones con lo «post» de la política,
el (post)operaismo y ciertos «marxismos post-marxistas» 109
2. Sobre la toma o no del Poder 113
3. Antagonismos, oposiciones, hegemonía y luchas sociales.
El Trabajo frente al Capital 117

Bibliografía citada 133

PRESENTACIÓN

Capitalismo mutante está planteado como una continuación de *La opción reformista*, libro que, como indicaba su subtítulo, afrontaba una explicación del capitalismo histórico a través de las luchas de clase. La obra acababa con una incursión por el capitalismo actual proporcionando algunas referencias sobre su posible carácter degenerativo. Pues bien, el presente libro tiene por objeto ahondar en las claves de esa «degeneración», o lo que es lo mismo, en las razones de una nueva mutación y en las posibilidades de que se haga más patente.

El libro pretende también apuntar algunos procesos básicos para entender la actual mutación del capitalismo, así como señalar y explicar los elementos que caracterizan la relación Trabajo / Capital en tal contexto histórico. Para ello efectúa previamente un repaso a las condiciones en que se desarrolló esa relación en unas y otras etapas del sistema capitalista. Sobreacumulación, crisis, financierización, corrupción, mutaciones, reformismo, desplazamientos del capital, «países emergentes», etcétera son procesos y factores de la estructura capitalista que se analizan aquí. Pero esta obra aborda asimismo factores agenciales determinantes, tales como formas de lucha del Trabajo y sus expresiones organizativas, organizaciones políticas y movimientos sociales. Igualmente trata con algunos complejos y escurridizos elementos de la teoría política y social imbricados en aquellos factores: la conciencia, la hegemonía, el Poder y los poderes, así como las propias claves de constitución de los sujetos antagónicos. Para ello, y por todo ello, discute críti-

camente con autores que han tenido una gran influencia reciente, como Negri, Holloway, Badiu o Laclau.

El texto afronta también la viabilidad de un nuevo modelo de crecimiento e incluso las posibilidades del llamado «capitalismo cognitivo» como sustentador, en orden a sopesar qué hay de probable o improbable en la definitiva decadencia del capitalismo como modo de producción histórico.

Transversalmente a todo ello *Capitalismo mutante* muestra la importancia que las mutaciones del capitalismo han tenido para las posibilidades y vías emancipatorias de la humanidad. Muy especialmente la de la actual mutación en curso.

Espero, entonces, que a quien se acerque a estas páginas le valga la pena el esfuerzo.

Coscollosa-Valencia,
noviembre de 2014

INTRODUCCIÓN

La relación de clase en el capitalismo. Un sistema que produce permanentemente su propia crisis

El Capital es una relación social que conlleva la expropiación del hacer, del trabajo y de la vida de otros a partir de la apropiación de los medios de producción sociales. Es la expropiación y el sometimiento del *trabajo vivo*, esto es, de los seres humanos. Esto tiene lugar a través de una *relación de clase* o de explotación (véase el apartado 3 de los apéndices).

El Capital, además de ser una relación social, presenta una encarnación que le da carácter de sujeto: la de quienes expropian y actúan para reproducir o ampliar esa relación, asumiendo además la responsabilidad de la acumulación capitalista como *Sistema*.

El Trabajo lo personifica la parte humana que es expropiada de su hacer para sí misma, tanto a través de la explotación directa como en general de su pérdida de autonomía, resultando alienada de sus propias condiciones de vida. La dinámica general del *Sistema* no responde a sus intereses ni está orientada por ella, aunque ocasional o relativamente unas u otras partes de la población aquí comprendida puedan beneficiarse en algunos aspectos. [Cuando los usemos con mayúsculas estaremos haciendo referencia al Capital y al Trabajo como personificaciones de los factores de producción denominados *capital y trabajo*, pero a la vez incorporando claves de otros campos que trascienden el meramente económico (véase el apartado 3 de los apéndices para mayor explicación)].

El factor humano (esto es, el Trabajo) es el único capaz de generar plusvalía en última instancia. La plusvalía es el valor de más (el «plus» valor) que los seres humanos crean con su trabajo y mediante la aplicación de unos u otros instrumentos de producción (maquinaria, tecnología en general) sobre las materias primas o sobre otros productos ya producidos anteriormente, de manera que tras ese trabajo unas y otros valen más en el mercado.

Sin embargo, tal «valor de más» (plusvalía) no está destinado a los seres humanos que lo producen sino a quienes les compran su trabajo (en realidad su «fuerza de trabajo»: su capacidad física e intelectual efectiva de trabajar) a cambio de un salario. Estos son los capitalistas (el Capital), que llegaron a serlo en virtud de su apropiación de los medios de producción (medios de vida) con los que cuenta una sociedad. Al resto de los seres humanos que fueron desposeídos de esos medios para poder vivir por sí mismos no les queda más remedio que trabajar «voluntariamente» para aquellos que acapararon los medios de vida (fenómeno absolutamente original en la historia de la humanidad que inaugura el capitalismo: hacer que el trabajar para otros aparezca un fenómeno voluntario y deseado, ocultando así el proceso de violencia o desposesión histórica previo que obliga a que esto sea así). Por tanto este nuevo Sistema se antoja no coaccionador, sino de «libre» contrato entre Capital y Trabajo, entre comprador y vendedor de fuerza de trabajo. Una vital conclusión que se infiere de todo ello es que en el capitalismo la *fuerza de trabajo* (esto es, el ser humano) se convierte en una mercancía más (que se compra y se vende en un *mercado*: el laboral).

Por eso con el salario nunca se paga lo que realmente trabajan los seres humanos asalariados (el *valor* que generan). Si se pagara todo lo que trabajan, quienes compran su fuerza de trabajo no ganarían nada. La *plusvalía*, pues, no es sino el «plusvalor» que se apropia el Capital, que no es pagado en su totalidad a la fuerza de trabajo que éste ha comprado. Lo que se le paga a los seres humanos es el precio que tienen como mercancía en el «mercado laboral».¹ Por eso, de

1. Como tal *mercancía* los seres humanos pasan a ser *fuerza de trabajo*. Su precio está relacionado (aunque no tiene por qué coincidir), como el de cualquier mercancía, con el «valor» de esta o el trabajo abstracto socialmente necesario realizado de manera privada e independiente materializado en ella. En el caso de

hecho, el capitalista compra dos tipos de mercancías: medios de producción y fuerza de trabajo.

El plusvalor del que se apropia el Capital lo materializa (como ganancia) cuando vende el producto generado (o lo hace intervenir en la producción de otros productos que serán más tarde vendidos), obteniendo así el *beneficio* (expresión de la ganancia, que resulta de restar a la venta lo que le costaron las mercancías que compró). El beneficio aparece, de esta forma, mistificado, como resultado de una compra-venta y no como conclusión de una explotación (aprovechamiento del trabajo ajeno para extraer ganancia; es decir, como realización o conversión de la plusvalía en beneficio a través de la venta en el mercado). La *mistificación* es una fuente permanente de alienación del Trabajo, al dificultarle entender dónde reside el *quid* de la relación social que está en la base del Sistema en el que vive: la relación de clase. Por lo que no percibe fácilmente su condición de mercancía.

Pero el Capital es capaz, y así lo ha mostrado históricamente, de aumentar los niveles de vida (o simplificando, el poder adquisitivo) del Trabajo mediante la elevación general de la productividad y de la riqueza total generada en una sociedad. La única condición es que obtenga más ganancia proporcional que el Trabajo con cada aumento de la producción (en realidad, de la productividad): a esto se le llama *plusvalía relativa*.

Sin embargo, para el Capital hay un problema vital en toda esta relación, del que nunca puede escapar y que marca su carácter intrínsecamente contradictorio.

los seres humanos, eso se traduce por el valor de las mercancías necesarias para que como *fuerza de trabajo* reúnan las aptitudes productivas materiales y mentales con que les requiere el capital total de la sociedad en un determinado momento. El ciclo de la producción social capitalista no termina en el proceso de consumo individual del trabajador/a, sino en el proceso de consumo productivo de su fuerza de trabajo. Por eso, después de que el trabajador/a ha consumido individualmente de manera privada para reproducir su fuerza de trabajo, el trabajo privado gastado para producir sus medios de vida y que ahora está materializado en su fuerza de trabajo debe ser reconocido nuevamente como trabajo social (esto se hace a través de su definición como el valor de su fuerza de trabajo). Una buena parte del valor como sostenimiento de la fuerza de trabajo siempre ha estado vinculada a elementos inmateriales (relaciones, cuidados, afectos, conocimientos compartidos, cooperación, ayuda mutua...). Sobre todo esto, Marx (1981).

Por una parte, como se ha dicho, está obligado a producir de forma continua plusvalía relativa. Por otra, debe convertirla en ganancia. Sin embargo esta última depende de dos factores: primero, de la plusvalía apropiada a costa de la fuerza de trabajo comprada, y segundo, de la composición en valor del capital (CVC), esto es, de los gastos hechos por el capitalista en inversión y producción (los *medios de producción* de los que se dispone y que son gastados), dentro de los cuales contamos los insumos y materias primas consumidos en dicha producción («capital circulante») más la inversión en tecnología o mecanización que se haya hecho (composición orgánica del capital —COC— o «capital fijo»), y los gastos en salarios («capital variable»). La composición en valor del capital (CVC) resta ganancia a la plusvalía apropiada por el capitalista, de manera que la fórmula, simplificada, sería:

$$g \text{ (ganancia)} = p \text{ (plusvalía)} / \text{CVC}$$

Donde CVC (composición en valor del capital) es el cociente entre *capital constante* [= capital circulante (materias fungibles en el proceso productivo) + capital fijo (tecnología, maquinaria e instalaciones)] y *capital variable* (salarios de la fuerza de trabajo).

A esto hay que añadir que cuanto más aumenta la composición técnica u orgánica del capital (cuanto más se invierte en maquinaria y tecnología) más productividad se puede conseguir, pero menos plusvalía proporcional (ya que cada vez hay más capital fijo invertido como maquinaria o tecnología, es decir como «trabajo muerto») por unidad de valor, a costa de los seres humanos (que son el «trabajo vivo» que genera la plusvalía). Por tanto, con la sustitución de seres humanos por máquinas, o lo que es lo mismo, al aumentar la proporción de «capital fijo» (máquinas) sobre el «capital variable» (asalariados), y en igualdad de condiciones de explotación, va disminuyendo la tasa de ganancia capitalista. Tampoco la plusvalía aumenta proporcionalmente a la explotación de la fuerza de trabajo, sino de forma decreciente. Lo explicamos a través del ejemplo mostrado en el Cuadro A:

CUADRO A

La caída tendencial de la tasa de ganancia: un factor concurrente

Cuanto más aumenta la productividad se hace menor la jornada de trabajo necesario, con lo que los seres humanos en las sociedades de capitalismo avanzado tendrían que trabajar cada vez menos horas. Sin embargo, los avances en productividad a través del desarrollo tecnológico no han aumentado proporcionalmente el «tiempo libre» de la fuerza de trabajo, el cual puede seguir incluso una tendencia contraria en fases de crisis, porque lo que se hace según desciende el tiempo de trabajo necesario con la productividad, es aumentar la jornada de *trabajo excedente*, es decir, aquella que la fuerza de trabajo realiza sólo para la plusvalía del empresariado. Sin embargo esa vía también tiene sus límites.

Para empezar, cuanto más aumenta la productividad menos aumenta proporcionalmente la plusvalía. Veamos:

1. Supongamos una jornada laboral de 10 horas, con una tasa de plusvalía de 100%. Eso significa que la jornada laboral se descompone en:
5 horas de trabajo necesario (para el salario)
5 horas de trabajo excedente (para la plusvalía)

$$1/2 + 1/2 = 2/2 = 100\% \text{ Plusvalía } 0,50$$

2. Si la productividad se duplica, implica que ya sólo hace falta la mitad de trabajo necesario, de manera que mantener la misma jornada laboral significa:
1/4 de jornada para el trabajo necesario
3/4 de jornada para el trabajo excedente

Sin embargo la plusvalía no aumenta en la misma proporción, pues:

$$\text{de } 1/2 \text{ a } 3/4 \text{ se avanza de } 0,50 \text{ a } 0,75 = 0,25$$

Es decir, la plusvalía sólo ha aumentado $1/4 (= 0,25)$

3. Si ahora se volviera a duplicar la productividad, todavía aumentaría menos la plusvalía. Tendríamos:
1/8 de jornada para el trabajo necesario
7/8 de jornada para el trabajo excedente

La plusvalía pasa de $3/4$ ó $6/8 (= 0,75)$ a $7/8 (= 0,87)$

Es decir, de $0,75$ se obtiene ahora $0,87$. Lo que es igual a $0,12$ de aumento de plusvalía.

Fuente: GPM (2003) *

* Las anotaciones del Cuadro A tienen su fundamento en los Grundrisse (Marx, 1972: 281-283 Vol. I). Fijémonos en lo que allí decía Marx al respecto (1972: 229.

Esto es así porque según aumenta para el capital social global su composición orgánica, aumenta también con ello la tasa de plusvalor (mayor va siendo la proporción del *trabajo excedente* frente al *trabajo necesario*), pero no aumenta en cambio la *masa total de plusvalor* en la misma proporción, dado que el trabajo necesario (el que al trabajador se le paga para reproducir su fuerza de trabajo) que resta por capitalizar va disminuyendo drásticamente según avanza esa inversión y composición orgánica del capital. Dicho de otra manera, el *trabajo necesario* disminuye en la misma dimensión que crece el *trabajo excedente* (es decir, el que trabajan los productores exclusivamente para la ganancia de quien compra su fuerza de trabajo). Y conforme disminuye ese *trabajo necesario* es más costoso apropiarse del *trabajo necesario* que va quedando.

Con ello la Tasa General de Ganancia Media tiende a descender, independientemente de que algunos capitalistas puedan aumentar su tasa de ganancia.

Se explica así también porque la tasa de acumulación tiende históricamente a ser más alta que la tasa de plusvalía. O dicho de otra forma, porque cada vez se necesita más capital constante para generar valor en escala decreciente del cada vez menor tiempo de trabajo necesario que va quedando.

Expresado desde otro prisma, según la automatización de los procesos productivos va haciendo que la cantidad de tiempo de trabajo depositada en cada producto sea menor, la productividad de cada trabajador debe aumentar para que la masa de beneficio realizable no disminuya. Lo cual conduce a la paradoja de que cuanto más aumenta la productividad de las fuerzas productivas, más se

Vol. II): «El capital mismo es la contradicción en proceso [por el hecho de] que tiende a reducir a un mínimo el tiempo de trabajo, mientras que por otra parte pone el tiempo de trabajo como única medida y fuente de riqueza. Disminuye, pues, el tiempo de trabajo en la forma de tiempo de trabajo necesario, para aumentarlo en la forma de trabajo excedente, pone por tanto en medida creciente, el trabajo excedente como condición —cuestión de vida o muerte— del necesario. Por un lado despierta a la vida todos los poderes de la ciencia y la naturaleza, así como de la cooperación y del intercambio sociales, para hacer que la creación de la riqueza sea (relativamente) independiente del tiempo de trabajo empleado en ella. Por otro lado se propone medir con el tiempo de trabajo esas gigantescas fuerzas sociales creadas de esta suerte y reducirlas a los límites requeridos para que el valor ya creado

necesita que aumente para intentar salvar el beneficio.

Por consiguiente, si el proceso de acumulación se quiere llevar al límite —como es la tendencia de cada unidad de capital, por definición—, hasta el propio beneficio (fuente de la acumulación misma) se convierte en obstáculo para la acumulación, de forma que el capitalista pretende acumular a un ritmo superior al de los beneficios (GPM, 2003). Cuando esto ocurre, y el capital crece aún más deprisa que el beneficio, el capital se siente a sí mismo en su apogeo, la acumulación parece atravesar una etapa próspera e incuestionable, la conciencia social ve confirmada su fe en el progreso que el capitalismo es capaz de generar, pero al mismo tiempo, por debajo, imperceptiblemente, la ganancia está descendiendo sin remedio.

Esto quiere decir que las crisis capitalistas suelen ocurrir cuando la población está menos preparada para ellas y cuando sus organizaciones políticas más se han integrado al orden del capital, inscribiéndose en la vía reformista que tiende a expandirse tras un ciclo de auge capitalista.

* * *

En conclusión con lo hasta ahora expuesto, la automatización o, en general, la tendencia al desarrollo de las fuerzas productivas, que es inherente a la acumulación capitalista, hace que la utilización de fuerza de trabajo por unidad de capital invertido tienda a ser significativamente menor, provocando una tendencia hacia la eliminación de empleos²

2. Esta última conlleva una tendencia a la compraventa de la fuerza de trabajo por debajo de su valor. Efectivamente, la producción de plusvalía relativa mediante el desarrollo de la maquinaria genera necesariamente una masa de población sobrante para las necesidades del Capital (hacen falta menos seres humanos en los procesos productivos). Cuando esta población sobrante crece lo suficiente como para estancarse en esta situación, sobrevive vendiendo su fuerza de trabajo normalmente por debajo de su valor. Esto quiere decir que, a la larga, no puede reproducirla. Cosa que puede notarse en la misma generación de los obreros adultos, pero que resalta brutalmente en el insuficiente o nulo desarrollo de la fuerza de trabajo de las nuevas generaciones. Cuando una población trabajadora se consolida como sobrante, ya no logra vender su fuerza de trabajo a ningún precio y entra en un proceso de violenta pauperización.

El valor de la fuerza de trabajo está hoy mundializado, por lo que debe relacionarse con el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas, que será el que caracteriza

y lo que es realmente grave para el funcionamiento capitalista, una sobreacumulación de capital invertido por unidad de valor que se es capaz de generar. Por su parte, la sobreproducción de capital es una sobreproducción de mercancías como medios de producción, cuando el valor producido por el capital invertido no incrementa lo suficiente o incluso llega a ser menor que el producido antes de la inversión. Cuando esto ocurre el Capital tiende a disminuir la inversión productiva. Esta desinversión contrae también la compraventa entre empresas capitalistas (los pedidos que unas se hacen a otras) y rompe la cadena de cobros y pagos, que se resolverá normalmente en la quiebra y cierre de empresas, incremento de la desocupación y depreciación del capital en funciones, incluido el capital variable, esto es, los salarios. Todo ello arroja una creciente cantidad de «capitales excedentes» que en buena parte, o bien buscan su valorización en otros territorios, o bien adquieren la forma de activos financieros en pos de mayor rentabilidad.

En la primera opción la competencia por atraer aquellos capitales excedentes se transforma en *competitividad* de los más exitosos, que no es otra cosa que su eficacia en explotar en mayor grado a su fuerza de trabajo o en «ofrecer» una fuerza de trabajo más disciplinada. De manera que si en una formación social se incrementa la tasa de explotación, se prevé que en principio aumente también su capacidad para atraer flujos internacionales de capitales productivos (y financieros). Tal suposición comienza a tener menos probabilidades de realizarse, sin embargo, cuando todas las formaciones sociales «com-

al sistema productivo mundial tomado en su conjunto y regido en función de lo alcanzado en las formaciones sociales centrales, y no en los diferentes sistemas productivos estatales. Es por tanto la determinación monopolística del precio de la fuerza de trabajo desde las formaciones centrales, la que hace que, a igual productividad, la fuerza de trabajo de las formaciones periféricas valga menos que las centrales (y en general, valga más o menos en unos lugares que en otros). Este es uno de los factores coadyuvantes de la emigración laboral de las periferias a los centros del Sistema, en busca de un mejor precio como fuerza de trabajo [por ejemplo, hasta hoy el salario mínimo de la fuerza de trabajo boliviana (ubicada en la banda media-baja mundial) ha estado en torno a los 70 dólares mensuales. Es fácilmente inferible de este dato la nula 'libertad de movimientos' que la absoluta mayor parte de la población del mundo tiene en la actualidad, y el porqué de las condiciones en las que ha de emigrar]. Todo teniendo en cuenta que la mundialización del valor es inseparable de la consecución de una fuerza de trabajo mundial única.

piten» por lo mismo en los mismos términos. Además, la inversión externa directa de capitales tiende a trasladar parecidos problemas de sobreacumulación a zonas periféricas que hasta entonces se hallaban fuera de esa contradicción. Más adelante veremos a qué conduce la segunda opción, la financiera.

Hay, pues, históricamente, una tendencia a la *sobreacumulación* de capital en relación a su capacidad de generar ganancia. Proceso que se agrava con la aceleración de la propia competencia técnica inter-capitalista y la trepidante batalla en torno al I+D, que deviene cada vez más onerosa, dado que la rápida caducidad tecnológica no permite la satisfactoria amortización del capital invertido.³ En realidad, la permanente revolución de la tecnología, en una también constante e implacable competencia, resulta a la postre una suerte de destrucción de fuerzas productivas, mas no siempre en su versión «creativa» schumpeteriana.

Sin embargo, esa tendencia, que está siempre ahí larvada, no tiene porqué manifestarse necesariamente en forma de cataclismos capitalistas. De hecho, históricamente ha sido contrarrestada a través de numerosos factores y procesos, tantos que a menudo aquélla

3. Fijémonos en que la obsolescencia programada de la tecnología (acortar la vida media de la misma como valor de uso) viene sustentada por el supuesto aumento en los beneficios que debe deparar la aceleración en la renovación tecnológica. En realidad esa aceleración conduce a la depreciación de la tecnología (Dekle, 1994, Hornstein y Krusell, 1996). El resultado en la tasa de beneficio no se percibe, sin embargo, hasta el final del proceso. Veamos. Con la innovación tecnológica disminuye la edad media de la tecnología empleada, es decir, se reduce la vida media del stock de capital fijo. Conforme se reduce la vida media de la tecnología utilizada, el tiempo de producción disponible para transferir su costo al producto disminuye también. A partir de cierto punto, el costo de mano de obra por unidad de capital fijo empleado ya no disminuye sino que más bien aumenta, es decir, el costo de renovación aumenta más de prisa de lo que disminuye el costo laboral (con una vida media teórica del capital fijo tendente a cero, el costo laboral por unidad de capital fijo tendería al máximo). Con ello baja la tasa de retorno y se desmiente el supuesto de que la innovación tecnológica y la consecuente baja en la edad media de la tecnología conllevan a una mayor capacidad competitiva. El capital se desplaza entonces a aquellos lugares donde el desarrollo tecnológico es menor y también es más lenta la velocidad de sustitución tecnológica (formaciones periféricas), con menor precio, asimismo, de la fuerza de trabajo. [Dierckxsens (2012), Dierckxsens y Jarquín (2012)]

pareciera no tener ninguna manifestación real concreta, y ha llevado a buena parte de científicos sociales, incluso críticos, a negarla. La monopolización, la guerra, la expansión de la frontera y la posible formación de nuevos centros de acumulación preferencial, fueron los procesos contra-tendenciales de tipo «macro». Igualmente lo fueron muchas otras intervenciones puestas en marcha para contrarrestar la crisis de valorización del capital (aumento de la tasa de explotación de la fuerza de trabajo, abaratamiento del coste de las materias primas y también del empleo del capital constante, elevación de los tiempos de rotación del capital y de su renovación, así como el reciente intento de «inmaterialización» de la economía o reducción sustantiva del peso del capital fijo en ella, entre otros pasos y desplazamientos que veremos más adelante).

Hay, en cambio, otro tipo de crisis estructural subyacente. Tiene que ver con las inadecuaciones entre la forma dominante de mediación social que adquiere históricamente la explotación capitalista (más o menos despótica, más o menos reformista o democrática, que se traduce en la naturaleza que adquiere el Estado en cada momento) y las plasmaciones socio-institucionales y maneras de expresar la relación de clase que permiten el *valor* y la forma mercancía y gestionan la fuerza de trabajo de cara a optimizar su consumo productivo (es decir, la generación de plusvalía por mediación de los seres humanos). Estas inadecuaciones se traducen en crisis de regulación.

Cuando las crisis de regulación coinciden con las crisis de valorización provocan grandes conmociones internas del capitalismo, que le hacen *mutar* y, al fin, pueden poner en peligro su propia continuidad. Estamos en presencia, entonces, de las Grandes Crisis o Crisis de Larga Duración.

Éstas dejan indefectiblemente atrás una generalizada desvalorización de capitales (los menos «competitivos») y de la fuerza de trabajo, promueven el acrecentamiento del «ejército industrial de reserva» y una gran destrucción de fuerzas productivas, así como la rápida elevación de la tasa de ganancia de los capitales supervivientes (que tienen la posibilidad, por eliminación de competencia, de aprovechar mejor los últimos avances tecnológicos). Se inicia un nuevo ciclo de acumulación, pero con diferentes formas de gestionar los procesos productivos y de establecer la mediación social.

También se modifican las dinámicas de generación y apropiación del plusvalor. Es decir, estamos, según la teoría regulacionista, ante un nuevo modelo de crecimiento (combinación de un régimen de acumulación más un modo de regulación social).⁴

Las Grandes Crisis trastocan asimismo la geografía de la acumulación, trasladando la dinámica principal de la misma hacia otras localizaciones. Lo que quiere decir que otras formaciones socio-estatales son susceptibles de convertirse en nuevos centros sistémicos.

4. De acuerdo con las teorías de la regulación, todo régimen de acumulación alcanzará un punto de crisis en el cual el modo de regulación no podrá sostenerse, y las élites estarán forzadas a encontrar nuevas reglas y normas, perfeñando un nuevo régimen de acumulación, que estará vigente hasta que desarrolle su propia crisis, y así sucesivamente. Ver, por ejemplo, los clásicos Aglietta (1982), Boyer (1992), Boyer y Saillard (2002).

Sin necesidad de asumir el conjunto de presupuestos e implicaciones de esta escuela teórica, de cuyas elaboraciones parece inferirse una permanente autorregulación del capitalismo, sí concuerdo en que este sistema debe redefinir periódicamente el modo concreto en el que opera para responder a la concreción histórica de sus contradicciones básicas, a sus distintas manifestaciones y aristas. Al responder a la cambiante manifestación de esas contradicciones también de manera diferente en cada momento, el capitalismo *cambia su forma*.

